

voz dulce y una manera de anunciar sus pensamientos peculiarmente clara y delicada. Si Dios nos ha concedido la victoria, ¿por qué quejarnos de que dejase con vida á otras criaturas además de nosotros?

—Porque así habrá mas que roben, quemén y degüellen, respondió Sinestio. Sin embargo, no quiero cuestiones con Agustin.

—¡Agustin!

Rafael miró atentamente al obispo: era un personaje alto, de facciones delicadas y frente elevada y estrecha, en la que se veían, como en sus mejillas, los hondos surcos abiertos por la duda y los pesares. La resolución dulce, pero incapaz de doblérgarse, estaba expresada en sus delgados y cerrados labios, y en sus claros y serenos ojos; pero la tranquilidad de su imponente aspecto era semejante á la de un volcan apagado, sobre el cual tienen que pasar siglos antes que las grietas se llenen de tierra productiva, y la lava desaparezca bajo la yerba y las flores. Pero las ideas del judío tomaron otra direccion al sentirse entre los brazos de Mayorico y de su hijo.

—Te tenemos otra vez, buena pieza, dijo el tribuno; ya vez que no te puedes escapar.

—Por el contrario, dijo el padre, acabamos de contraer con él una nueva deuda de gratitud, pues nos ha salvado nuevamente. Estábamos en grande apuro cuando veniste á nuestro auxilio.

—¡Oh! donde quiera que se presente lleva el bien consigo; ¡y pretende que es un pájaro de mal agüero! dijo el jovial tribuno arreglando su armadura.

Rafael se alegró en el fondo de su corazón de que sus antiguos amigos no estuviesen enojados por su capricho; pero su única respuesta fué:

—Dad gracias á otro y no á mí; yo, segun costumbre, he obrado como un necio. Pero ¿qué os trae aqui, cual dioses *ex Machina*? Esto se opone á todas las probabilidades.

—A ninguna, amigo mio. Encontramos á Agustin en Berenice cuando iba á marchar para ver á Sinestio; nosotros, es decir, uno de nosotros, estaba seguro de que se te hallaria con él, y nos decidimos á venir custodiando á Agustin, pues ninguno de la cobarde guarnicion se atrevió á acompañarle.

—Uno de nosotros, dijo para sí Rafael.... ¿quién?

Y venciendo su orgullo preguntó con toda la indiferencia que la fué posible por Victoria.

—Está allí, en la litera, ¡pobre niña! contestó su padre en tono serio.

—¿Enferma?

—¡Ah! sea que la excitacion heroica de algunos meses se acabase cuando nos vió al fin en seguridad, sea algun golpe de Dios... ¿quién sabe lo que pueda yo merecer?... es lo cierto que desde que nos separamos en Berenice ha estado postrada de cuerpo y de espíritu.

El rudo soldado no imaginaba el efecto que debian producir sus palabras. Pero Rafael no bien le oyó, sintió en el corazon una pena demasiado aguda para distinguir si emanaba de alegría ó de desesperacion.

—Vamos, exclamó la gozosa voz de Sinesio, vamos, Aben-Ezra; ya has recibido de rodillas la bendicion de Agustin, y es tiempo de que empieces á disfrutar de ella. Siendo, como sois, dos filósofos, debeis conoceros mutuamente. Agustin, te suplico prediques á este

amigo, que es á la par el mas sabio y mas loco de los hombres.

—Lo último solamente, dijo Rafael; pero no oiré ningun discurso de Agustin hasta que estemos seguros en casa y háyamos matado la caza necesaria para obsequiar á los nuevos huéspedes de Sinesio.

Y volviendo la espalda cabalgó en silencio y triste al lado de sus compañeros, que comenzaron á discurrir sobre los planes de Mayorico y sus soldados.

A su pesar, Rafael se sintió atraido por la conversacion de Agustin, el cual habló del mal gobierno y la ruina de Cirene, tan sinceramente y con tanta habilidad como el mejor; y cuando los demas no sabian qué decidir, la indicacion práctica que aclaraba la dificultad procedia ciertamente de su labio. Por su consejo, Mayorico condujo allí sus soldados; su proposicion fué que se ocupasen por un periodo fijo en defender aquellos remotos confines al Sur de la provincia; refrenó el ímpetu de Sinesio, calmó la desesperacion de Mayorico, apeló al honor y fé cristiana de los soldados, y parecia tener una palabra, precisamente la verdadera, para cada cual:

de modo que al cabo de un rato, Abenezra olvidó la tirantez y circunspección de sus modales y el uso de los textos de la Escritura para ilustrar cualquiera opinión que proponía. Al principio tenía visos de afectación; pero los argumentos que empleaba eran tan moderados y racionales, que Rafael empezó á sentir poco á poco que su aparente pedantería no era mas que el resultado de querer referir todas las materias, aun las mas vulgares, á alguna profunda y divina regla de lo justo y lo injusto.

—Pero os olvidais, amigos míos, dijo al fin Mayorico, del peligro que correis dando asilo á rebeldes.

—El Rey de los reyes ha perdonado tu rebelión, visto que al paso que te ha castigado con la pérdida de tus bienes y honores, te ha concedido la vida admitiéndote en su ciudad de refugio. A tí ahora te toca dar buenos frutos de penitencia; y ningunos son mejores que los que Juan Bautista ordenó á los antiguos soldados: "No hagais violencia á nadie, y contentaos con vuestros salarios."

—En cuanto á rebeldes y rebelión, dijo Sinesio, son cosas desconocidas

aquí; porque donde no hay rey, no puede haber rebelión. Todo el que quiera ayudarnos contra los Ausurianos es leal á nuestros ojos. Y en cuanto á nuestra creencia política, es sumamente sencilla, á saber: que el emperador nunca muere, y que su nombre es Agamemnon, el que combatió en Troya; esto lo probará cualquiera de tus criados, bastante silogisticamente, para satisfacer al mismo Agustín. Así...

—Agamemnon fué el mas grande y mejor de los reyes.

—El emperador es el mas grande y mejor de los reyes.

—Por eso Agamemnon es el emperador, y vice-versa.

—Bueno hubiera sido, dijo Agustín con grave sonrisa, que alguno de nuestros amigos profesase esa misma opinión.

—O bien, contestó Sinesio, que creyese con nosotros que el chambelán del emperador es un hábil anciano, con la cabeza calva como la mía, llamado Ulises, al cual se dió en recompensa la prefectura de todas las tierras del Norte del Mediterráneo, para sacar el ojo al ciclope hace dos años. Sin embargo,

basta ya de esta materia. Pero os habreis convencido de que no correis un gran riesgo de ser denunciados ni envueltos en intrigas. . . . La verdadera dificultad consiste en que podais obedecer á Agustin, y contentaros con vuestro salario; porque, añadió bajando la voz, no tendréis ninguno literalmente.

—Lo que merecemos, dijo el jóven tribuno; pero mis compañeros tienen un medio para comer. . . .

—Se regalarán á medida de los gamos y avestruces que cojan. En cuanto á mí, no solo estoy desprovisto de dinero, sino que me veo reducido á vivir como los Lestrígonos, con carne y nada mas; porque los trigos y árboles en muchas millas á la redonda han sido, ó quemados ó robados.

—*E nihilo nihil!* dijo Agustin, no teniendo otra cosa que decir.

—¿Las naves pentapolitanas han salido para Roma? preguntó Rafael.

—No: Orestes las detuvo cuando detuvo el convoy de Alejandria.

—Entonces los judios tienen el trigo, no lo dudeis; y lo que ellos tienen lo tengo yo. Hay cierto dinero mio colocado á interés en los puertos de mar,

que arreglará el asunto por uno ó dos meses. Aprontad una escolta mañana, y ya encontraré yo trigo.

—Pero, mi mas generoso amigo, repara que no podré pagarte interés ni principal.

—Sea así. He gastado mucho dinero durante los últimos treinta años en hacer solo mal; y bueno será que gaste un poco en hacer bien. A menos que Su Santidad de Hipona crea que no debes aceptar este beneficio de manos de un infiel.

—¿Cuál de aquellos tres, dijo Agustin, se hallaba próximo al que murió entre ladrones, sino el que tuvo misericordia de él? En verdad, amigo mio, Rafael Aben-Ezra, tú no estás lejos del reino de Dios.

—¿De qué Dios? preguntó Rafael.

—Del Dios de tu antepasado Abraham, al cual nos oirás adorar esta noche, si así es su voluntad. Sinesio, ¿no tienes una iglesia donde pueda dirigir una palabra de exhortacion á estos fieles?

Sinesio suspiró.

—Hay una ruina que hace un mes era iglesia.

—Y que aun lo es. El hombre no habia puesto allí á Dios, y de consiguiente no ha podido espulsarlo de aquel sitio.

De este modo, despues de enviar á derecha é izquierda á los cazadores, y de proveerse antes de la noche con una abundante cantidad de caza, llegaron á la habitacion de Sinesio, donde la anciana ama de gobierno de éste se encargó del cuidado de Victoria, y los soldados marcharon en direccion de la iglesia; mientras que los criados de Sinesio, que no comprendian el servicio eclesiástico latino, se quedaron cocinando la caza, aún caliente.

Mucho extrañó Rafael aquella noche oír en medio de aquellas ahumadas columnas y caidas vigas, los grandes salmos hebreos, cantados del modo que, segun los Rabinos, se cantaban en el templo de Jerusalem.... Así ellos, como las invocaciones, acciones de gracias, bendiciones, hasta el ceremonial exterior, todo era hebraico; todo estaba impregnado de las ideas, y expresado con las palabras de que se habian servido sus abuelos. Aquella leccion del libro de los Proverbios, que el diácono

del obispo de Hipona estaba leyendo en latin, la habia escrito uno cuya sangre corria por las venas de Aben-Ezra... ¿Era un error, una hipocresía? ¿O adoraban verdaderamente, segun creian, al Dios que habia hablado cara á cara con sus antepasados, al Arquetipo del hombre, al amigo de Abraham y de Israel?

En seguida empezó el sermon; y mientras Agustin permaneció un momento orando frente al altar ruinoso, iluminadas la arrugas de su semblante por un rayo de luna que descendia al través del abierto techo, Rafael aguardaba impaciente su discurso. ¿Qué tendria él, dialéctico refinado, antiguo maestro de retórica pagana, cortés y docto estudiante, ascético, célibe y teósofo, que decir á aquellos soldados endurecidos en la guerra, Tracios y Marcomanos, Galos y Belgas, que estaban sentados allí con los rostros tan tristes y graves? ¿Qué pensamiento ni sentimiento comun podia haber entre Agustin y su congregacion?

Al fin, despues de persignarse, comenzó. El asunto era uno de los salmos que acababa de leer; un salmo militar, concierne á Moab y Amalez y las an-

ligas guerras de Palestina. ¿Qué objeto se propondría?

Pareció principiar de mala gana, á pesar de la esquisita gracia de su voz, de sus maneras, de su lenguaje y de la tersura epigramática de cada sentencia. Empleó algunos minutos en tratar de la inscripcion del salmo. . . . se entretuvo en alegorias. . . . Pero ¡con qué magnífica explicacion terminó su discurso! Fué, no mera obra de la fantasia, sino una ojeada profunda y verdadera, dirigida al trabajo del universo material, como simbolo del espiritual é invisible; no partiendo en sus deducciones, como Hipatia, exclusivamente de algun fenómeno sublime ó portentoso, sino de algun perro, de una caldera, de la muger de un pescador, con una sencillez digna del mismo Sócrates. ¡Cuánta personalidad habia ademas en sus palabras. . . . Nada de explosiones declamatorias, sino diálogos é interrogaciones dramáticas, y censuras imprevistas de los vicios mas comunes en la soldadesca. . . . Sin embargo, estos ataques estaban presentados bajo una forma universal y comprensiva, que hizo estremecer al mismo Rafael. . . . y habria

hecho estremecer de la propia manera á cualquiera otro. Conociese ó no Agustin verdades para todos los hombres, no cabia duda de que conocia vicios para todos, y para sí mismo tanto como para sus oyentes. Era un verdadero hombre, encerrase ó no error su discurso. Lo que censuraba en otros lo habia sentido en sí, luchando hasta el borde del sepulcro, como lo decian las arrugas de su semblante. . . . Pero ¡por qué los Edomitas, sin mas fundamento que un juego de palabras, debian significar una clase de pecado, los Ammonitas otra, y otra los Amalecitas? ¿Qué tenia esto que ver con el antiguo salmo? ¿Qué tenia que ver con el presente auditorio? ¿No era aquella la forma mas estravagante y baja de la pedantería falsa, sutil y rústica que habia enfermado la mente de Rafael en el salon de lecciones de Hipatia, hasta hacerle acudir á su perra Bran en busca de realidades prácticas?

No... Gradualmente, á medida que las alusiones de Agustin fueron mas directas, vió Rafael que en su espíritu habia una real y orgánica conexion, verdadera ó falsa, en lo que al principio to-

mó por alegorías arbitrarias. Amalecitas, pecados personales, ladrones Ausurianos, eran solo para él muchas formas diferentes de un mismo mal. El que trabajaba en pró de cualquiera de ellos, combatia contra el Dios justo; el que les hacia la guerra, combatia por el Dios justo; mas era preciso vencer a los Amalecitas de lo interior, si aspiraba a vencer a los Amalecitas exteriores. ¿Cómo habian de triunfar los legionarios de los vicios que los rodeaban, mientras sus corazones les estuvieran sometidos? ¿Querian alentarlos con el ejemplo, pretendiendo destruirlos con la espada? ¿No era esto una burla, una hipocresía? ¿Podia Dios ayudarlos con su bendicion, si de ese modo se portaban? ¿Restablecerian la unidad y la paz en el país, no existiendo lo uno ni lo otro dentro de sí mismos? ¿Qué resultado habia producido el desamparo del pueblo, la imbecilidad de los militares, sino desamparo y flaqueza en lo interior? Eran débiles contra los moros, porque eran débiles contra enemigos mas terribles que los moros. ¿Cómo habian de pelear en favor de Dios exteriormente, si estaban peleando contra

El en su propio país? Dios no saldria con sus ejércitos, porque no se hallaba entre sus ejércitos. Siendo un espíritu, debia morar en sus espíritus. . . . Y entonces el grito de un rey se oiria en medio de ellos, y uno venceria á mil. . . . Si no. . . . si tanto el pueblo como los soldados exigian aun mas castigos y humillaciones, ¿qué importaba todo, con tal que fuesen castigados y humillados? ¿Qué importaba que sus rostros fuesen confundidos, si de ese modo se les llevaba a conocer el nombre de Dios, del único que era la Verdad, la Luz y la Vida? ¿Que importaba que muriesen? Despues de derrotados los enemigos interiores, poco debia importarles que los exteriores pareciesen prevalecer por un momento. Serian recompensados cuando se verificase la resurreccion de los justos y la muerte fuese vencida. Entonces se veria quiénes realmente habian triunfado á los ojos de Dios justo, si ellos, ministros de Dios, defensores de la paz y la justicia, ó los Ausurianos, enemigos de tan caros objetos. . . . Al llegar aquí, por una delicadeza de imaginacion, introdujo unas cuantas palabras de piedad y esperanza, hasta en

en favor de los feroces ladrones moros. Les aprovecharia el buen éxito que habian alcanzado, pues que aprenderian de sus cautivos cristianos, purificados por la afliccion, verdades que éstos habrian olvidado en la prosperidad. Ademas, les seria útil; lo mismo que á los cristianos, ser confundidos y tratados como paja que el viento arroja, á fin de que tambien ellos conociesen su nombre.... Y de este modo, por medio y á pesar de los conceptos, alegorías é interpretaciones exageradas. Agustin prosiguió deduciendo de los Salmos, de lo pasado y de lo futuro, la asercion de un Dios Vivo y Presente, eterno enemigo de la discordia, de la injusticia y del mal, favorecedor y salvador eterno de los que han sido esclavizados y oprimidos por su causa en cuerpo ó en alma.... Rafael estrañaba todo aquello... por no asemejarse á ninguno de los discursos, platónicos ó hebreos, que habia oido hasta allí, y mas aún por la conformidad de doctrinas entre aquellos discursos y éste, y por el placer instintivo con que el último parecia justificarlos á todos y unirlos mediante el talisman de una idea, que las preocupaciones judai-

das de Rafael no le impedian ver, aunque sí le impedian reconocerla. Pero cualquiera que fuese el sonrojo que le causara su orgullo nacional; cualquiera que fuese su persuasion de que Agustin estaba construyendo un firme edificio práctico sobre el fundamento de una mentira, no podia menos de observar, al principio con envidia y luego con gusto, los semblantes de aquellos rudos soldados, á medida que pasaban de una atencion fija á una decision alegre y solemne.

—¿Qué estraño es, dijo Rafael para sí, qué estraño es, cuando ha estado hablando á esas fieras como á sábios y santos, y les ha asegurado que Dios está con ellos como con los profetas y salmistas?.... ¿Me sorprenderia que Hipatia, á pesar de toda su hermosura, hubiese movido sus corazones como él lo ha hecho!

Al levantarse Rafael, á la conclusion del discurso de Agustin, se encontró con los sentimientos de un antiguo hebreo como nunca desde que, sentado en las rodillas de su nodriza, la oia referirle leyendas sobre Salomon y la reina de Sabá. ¿Y si al cabo tuviese razon Agus-



tin? ¿Si el Jehová de la Escritura no fuese meramente el patrono nacional de los hijos de Abraham, como sostenian los rabinos; ni segun Filon, meramente la divina sabiduria que habia inspirado á unos cuantos sábios, escogidos, sino el Señor de toda la tierra y de todas las naciones? . . . Y de repente, por la primera vez en su vida, asaltaron su memoria varios pasajes de los salmos y profetas que parecian probar esto. ¿Qué otra cosa significaba el libro entero de Daniel y la historia de Nabucodonosor? El latitudinarianismo filosófico le habia curado hace tiempo de la idea rabínica que representaba al conquistador babilonio como un encarnizado enemigo, consagrado á Tofet, lo mismo que su predecesor Senaquerib. Habia admirado desde entonces á aquel rey como un magnífico carácter humano, mas hermoso, á sus ojos, que el de Alejandro ó de Julio César. . . . ¿Y si Agustin le hubiese suscitado una idea capaz de justificar su admiración? . . . Mas aún. . . . ¿Y si Agustin tenia razon en ir mas lejos que Filon ó Hipatia? ¿Si aquel mismo Jehová, Sabiduría, Logos, llamárase como quisiese, fuera el Dios de todos

los espíritus, así como de todos los cuerpos? ¿Si estuviese tan cerca (Agustin lo decia) de los corazones de aquellos feroces Marcomanos, Galos y Tracios, como del corazón de Agustin? ¿Si estuviese (Agustin lo decia) deseando atraer á sí las almas de los mas pobres, mas ignorantes y pecadores? ¿Si amase, en efecto, al hombre como hombre, y no meramente á una raza predilecta ni á una clase escogida de espíritus? . . . Y dada esta hipótesis, la extraordinaria historia de la Cruz del Calvario no parecia tan imposible. . . . Pero entonces, el celibato y el ascetismo, antihumanos como eran, ¿qué tenian que ver con la teoría del Dios humano?

Y Rafael, agolpándosele al entendimiento multitud de cuestiones, no sintió que aquella misma noche la materia se dilucidase completamente en el cuarto de Sinesio. Mayorico, con su manera franca y propia de un soldado, sin andarse en rodeos, puso en contacto á Aben-Ezra y Agustin; y Rafael, habiendo intentado primero dar un giro chistoso al asunto, quiso burlarse de una idea falaz, en la apariencia vertida por Agustin; pero halló que era mas difícil

de lo que creía tender un lazo al serio y circunspecto lógico, y perdió parte de su moderacion (señal tal vez en un escético de que renace en él la fé) encontrándose pronto empeñado en un combate desesperado con Sinesio, que le sostenia, al parecer, porque gozaba en verlos batallar, y Mayorico, que le contrariaba mas y mas por la implícita fé dogmática con que cortaba uno tras otro los nudos gordianos, hasta que Agustin tuvo á bien salvarle de sus amigos, armando una trampa al buen prefecto, y dejándole á gran distancia de los demas disputantes, que continuaron arguyendo hasta el amanecer. Entonces, el espectáculo de la desolacion exterior recordó á las partes que tenian que usar de armas mas materiales y que emprender una guerra mas dura.

Pero lejos estaba Rafael Aben-Ezra de imaginar mientras acudia á todos los recursos de su ingenio y de su ciencia, con la esperanza de confundir al sábio de Hipona, y se olvidaba del cielo y la tierra por el placer de disputar con sus iguales, que en un aposento vecino, postrada en el suelo, y cubierto el rostro por los despeinados rizos, se halla-

ba Victoria, orando por él toda la noche y vertiendo amargas lágrimas, cuando oia el murmullo de las voces y se empeñaba inútilmente en comprender el sentido de aquellas palabras de que pendian ahora sus esperanzas y felicidad; pues si aun no se habia atrevido á confesarse á si misma hasta qué punto era esto último cierto, la habia, sí, confesado al Hombre á quien dirigia sus oraciones, como á uno que sentia con ternura y penetracion superior á la de un hermano, de un padre y hasta de una madre, su virginal rubor y sus disgustos.

CAPITULO XXII.

PANDEMONIUM.

PERO ¡qué se habia hecho el pobre Filemon toda esta semana.

En los dos primeros dias de su prision habia bramado como una fiera cogida en el lazo, viendo sus nuevos proyectos detenidos repentinamente y su energía inutilizada. Rompió los barrotes de su cárcel, se arrastró por el sue-

BIBLIOTECA CENTRAL